

Los usos del pasado en la política

Entrevista a José Rilla

Por Micaela Iturralde (CONICET – CEHis – UNMdP) y Fernando Manuel Suárez (CEHis – UNMdP)*

José Rilla es Profesor (UdelaR) y Doctor en Historia (UNLP), desarrolla su actividad como docente e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y en el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLaEH) en Uruguay. Sus investigaciones han estado focalizadas en distintos aspectos de la historia política e historia de las ideas en ese país y en el espacio rioplatense. Entre sus muchas publicaciones se destacan *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay, 1942-1972* (Montevideo, Sudamericana, 2008), *La mala cara del reformismo. Impuestos, Estado y política en Uruguay, 1903-1916* (Montevideo, Arca, 1992) y, junto a Gerardo Caetano, *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al MERCOSUR* (Montevideo, CLaEH, 1994).

En el marco del seminario de posgrado “Usos del pasado en la política” dictado en la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP) tuvimos la oportunidad y el privilegio de entrevistarlo, y podimos dialogar con él sobre distintos aspectos de su obra, sus objetos de estudio, sus perspectivas teóricas y metodológicas, y las problemáticas propias de la relación entre la historiografía y la política uruguaya.

MI-FS: Su libro *La actualidad del pasado* aborda la cuestión de los usos del pasado por parte de los partidos políticos, entendiéndolo que estos acuden a la narración e interpretación de la Historia a fin de actuar en sus disputas del presente. ¿Cómo surgió el interés por esta problemática?, ¿tuvo que ver con alguna coyuntura política particular?

José Rilla: La política uruguaya, y tal vez eso la distingue un poco de la de la región, es una política centrada en la acción de los actores partidarios. Los partidos políticos han sido un núcleo de agregación de intereses políticos y sociales, y si se observan los procesos, fueron también los productores más importantes de decisiones. No son únicos ni exclusivos en los ciclos de decisión pero, dada la continuidad lograda a través de sucesivas adaptaciones, han sido históricamente los más importantes. Sobre esta base de dilatada presencia, los partidos políticos en el Uruguay han sido portadores y voceros de sus propias tradiciones, acumulaciones y aprendizajes. Ha sido, la uruguaya, una política muy atenta a su pasado, muy rememorante. Algún investigador extranjero, de los tantos que estudiaron el “caso uruguayo”, se sorprendía cuando venía a estudiar el Uruguay -en los 50 y los 60-, cómo los dirigentes políticos, cada vez que enunciaban, se remitían a una tradición y a una historia. Por ejemplo, el socialdemócrata sueco Göran Lindhal había

* Ambos son profesores en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata y becarios doctorales del CONICET. Forman parte del grupo “Actores y poder en la Argentina, Siglo XX”, dirigido por la Dra. Marcela Ferrari, donde integran el proyecto “Las encrucijadas de una democracia en reconstrucción. Actores, debates, conflictos y consensos en la Argentina de los años ochenta” y el PICT “La reconstrucción democrática en clave provincial: Actores, conflictos, consensos, movilizaciones e interacciones (1983-1991)”.

estudiado el batllismo y el Uruguay asimilando ambos términos y capturó entonces su atención este hecho de la retórica política uruguaya marcada por el pasado, con una obligación respecto a él: una “política de historiadores”, decía. El problema de mi trabajo es ese, estudiar hasta qué punto o de qué maneras el pasado -lo que de él sabemos, lo que con él hacemos- tiene incidencia en la acción política, en una política de permanencias y partidos como la uruguaya.

También hay un elemento coyuntural en mi elección. Hay una parte de la operación historiográfica que arranca cuando las cosas se vuelven un tanto irreconocibles, extrañas. Creo que eso se terminó, o quedó severamente comprometido, en el final del siglo XX. Por la modificación cultural y política, por lo que pasó durante y luego de la dictadura cerrada en 1985, por la reforma de la Constitución uruguaya de 1996 -que es una expresión de la crisis política bastante grande- y por la crisis de 2002 que fue más que económica y financiera. Por todo eso creo que la pauta clásica de relacionamiento entre pasado y presente encontró de a poco su caducidad, o menos dramáticamente, caminos para una rearticulación. Tengo en cuenta que la política posmoderna no necesita conectar con el pasado del modo acuciante con que lo hacía la política moderna, asociada de tantas maneras a la idea de progreso. Y entonces, el objeto de estudio termina por consolidarse o construirse en la medida en que aquella realidad dejó de tener vigencia o mostrarse tan patentemente. Para mí la historia tiene mucho de restitución de sentido de las cosas (las palabras, los fenómenos) que dejaron de tener sentido.

- ¿A qué se debe esa referencia al pasado en los partidos políticos uruguayos? ¿Por qué pesa tanto la Historia en los debates partidarios? ¿Qué objetivos encuentra que tienen los partidos para apelar a esas interpretaciones particulares?

- En los años cincuenta, el pasaporte para circular entre la ciudadanía uruguaya estaba construido sobre la temporalidad; parecía decir “Nosotros -los partidos- somos más de lo que decimos hoy, somos parte de una comunidad política de larga data. Demoramos mucho, -perdimos mucha sangre, no fuimos *comunidad* desde el inicio- en aceptarnos mutuamente en la diferencia, pero al final, la experiencia fue buena, en ella estamos”.

Fue muy arduo, mientras en buena parte de América Latina se armaba el orden oligárquico, Uruguay desafió esa previsión desde una política violenta, polémica, que disputaba la inclusión. Hacia el tercer cuarto del siglo XIX y en tanto fueron renunciando al proyecto del exterminio del otro, los partidos debieron actualizar los recursos discursivos para aludir, a la vez, a un pasado parcial (de una parte además de partidario) e inserto en una continuidad más global, envolvente, nacional.

Colorados y blancos construyeron polémicamente sus narrativas, hechas de olvido, memoria y recuerdo y con más de un siglo de antagonismo elaboraron una tradición binaria, cada tanto contestada por terceras fuerzas. Desde el tercer cuarto del siglo XX, una tercera tradición se afirma en un proceso que la lleva al gobierno, desde las urnas. Las izquierdas nucleadas en el Frente Amplio debieron mostrar su linaje, su narración del pasado parcial y global y lo hicieron con notable éxito hasta singularizarse como izquierda (sin que ello equivalga a poner en la derecha a los demás actores). Así pues, esta “política de historiadores” reconoce dos subsistemas, el binario fundacional y el que recusa la “política criolla” como la denominaban los viejos socialistas, pero que termina acriollándose, hecha ella misma una tradición sin la que el éxito político y electoral es inconcebible. Todos los partidos grandes han sido tradicionales; para bien o para mal, fue muy difícil hacer política como pura novedad o ruptura con el pasado. Francamente no sé si este dispositivo tiene aún vigencia.

- ¿De qué manera han usado la Historia los partidos uruguayos? ¿Qué diferencia los usos del pasado de blancos, colorados y partidos de izquierda? ¿Qué diferencias se pueden encontrar confrontando los usos de la historia que hacen los partidos políticos en el gobierno y aquellos que están en la oposición?

- El Partido Colorado siempre ha hecho caudal de ser, primero que nada, partido de la civilización, del progreso contra “la barbarie”, para utilizar las categorías conocidas en el Río de la Plata. Es el partido que se narra a sí mismo como de la modernidad, del liberalismo en varias de sus etapas, de la civilización, del progreso, de la apertura al mundo y el cosmopolitismo. Hay que decir que Uruguay no desarrolló la división tan clásica que uno puede ver en América Latina entre liberales y conservadores. No es correcto decir que el Partido Colorado es el partido liberal y que el Partido Blanco es el partido conservador. Blancos y colorados, colorados y blancos, son intérpretes y expresiones de la misma matriz, la matriz liberal. Esto vale también, a mi juicio, para la veta republicana: el batllismo pasa por republicano, lo es, a su modo, pero no está solo en eso. Pero además, el Partido Colorado es el partido del gobierno, el actor que produce su relato a partir de la práctica del gobierno, de la administración, del Estado en acción. Esto forma parte central de su capital narrativo ante la ciudadanía, asociado a la eficacia, la responsabilidad, intervención efectiva desde las políticas. En tercer lugar, en términos de política internacional del siglo XX, el Partido Colorado está marcado por la adhesión a las causas aliadas en tanto portadoras de la civilización occidental amenazada. Aun consciente de la conveniencia y del pragmatismo y de la importancia del derecho para las naciones pequeñas, se ha situado a distancia de la posición neutralista. En todo caso, en referencia al asunto que ahora nos ocupa, el Partido Colorado pudo mostrar ese vector de identidad recapitulando la historia desde Rosas y Oribe, contra ellos, comparándolos incluso, en versiones extremas, con Hitler y con Perú.

El Partido Blanco, desde los años 70, tiene una tradición que corresponde a su función en el sistema. Ha sido partido de llano, de oposición, más distante del gobierno y la administración, y en lo internacional con una orientación más regional y americanista. Es el partido de Oribe a las órdenes de Juan Manuel de Rosas, es el partido que mira con mayor atención la tradición federal, derrotada en Uruguay y “la independencia americana” para ponerlo en aquellos términos. Tanto por móviles ideológicos como por razones funcionales, el Partido Nacional está vinculado a las luchas por las garantías electorales y por los equilibrios de gobierno, en la tradición republicana del gobierno mixto y de la lucha por la coparticipación en el Poder Ejecutivo. Todos tópicos que finalmente terminan señalando su identificación de manera muy fuerte. Es una tradición más volcada a las instituciones de la república, que al gobierno o al ejercicio del poder. Reitero, no estoy seguro de que colorados y blancos puedan hoy reconocerse más que vagamente en este inventario; menos aun creo que sean conscientes de que su largo antagonismo plantado sobre un suelo liberal y republicano nos salvó al Uruguay del partido único, del unicato, de la hegemonía incontestable.

Quienes no se rindieron ante los polos de esta tradición binaria, aun tomando algunos de sus rasgos, armaron la suya. Pero también necesitaron una historia para contar y ofrecer a la ciudadanía. Los denominados “partidos de ideas” en el siglo XIX, eran excursiones más o menos radicales por el liberalismo (principistas, fusionistas, constitucionalistas) o, desde otra perspectiva, incursiones del mundo de la empresa que reclamaban una política menos mediada o interferida. Se presentaban como política depurada del pasado, docta, de ideas, como discontinuidad. Ese espacio de tercerías será ocupado con otros signos doctrinarios e ideológicos en el debut del siglo XX con la aparición electoral del Partido Socialista, y del partido católico Unión Cívica en 1910. Más tarde, y como en casi todo el mundo influido por el leninismo, el Partido Comunista de Uruguay fue fundado en 1921. A todos ellos, conforme avanza el siglo, se les plantea el problema de su inscripción histórica. Para las izquierdas, en particular desde los años cincuenta, habrá dos modos de organizar la experiencia histórica en una narración capaz de sostener su retórica política. Por un lado, ante todo, la que concibe a la

política como gesta social, societal, hecha de masividades y vinculada al mundo del trabajo y los trabajadores organizados. Por el otro lado, con la captura de Artigas y el artiguismo, pieza clave del acriollamiento o la nacionalización de las izquierdas.

La izquierda en el Uruguay hace un itinerario de síntesis mucho más fuerte de lo que suele creerse, de síntesis de otras identidades. Y esa es una de las claves de su exitosa implantación en la cultura y en la política uruguaya. Es cierto que en términos ideológicos tiene una impronta muy fuertemente marxista, y luego leninista, que en los años cincuenta y sesenta, no entronca fácilmente con la tradición liberal bastante dominante en Uruguay. Pero el Frente Amplio fundado en 1971 es una congregación bastante extraña, amplia y plural, inédita, donde coinciden distintas vertientes, también las liberales y católicas. La pregunta por “el pasado necesario” es aquí de difícil respuesta. Finalmente es bastante plausible la idea de que fue la dictadura iniciada en 1973, especialmente cruel con el Frente Amplio, la que terminó articulando una experiencia digna de ser narrada y usada en los sucesivos presentes.

Cuando hablo de nacionalización de las izquierdas en Argentina temo ser malentendido, porque *izquierda nacional* quiere decir en Uruguay cosas distintas. En Uruguay la izquierda nacional fue por mucho tiempo una síntesis que articuló trayectorias socialistas y marxianas con bases fuertemente liberales no individualistas y cierta perspectiva latinoamericanista. Carlos Quijano fue paradigma en esto, un fracaso electoral y un éxito cultural y político. A la vez, los socialistas uruguayos de los sesenta fueron revisionistas, ya muy marcados por el fenómeno argentino. De todos modos, debe tenerse presente que el revisionismo histórico en el Uruguay nació adentro de uno de los partidos históricos, el Partido Blanco, que puesto a mirar la historia del país no podía sino hacer una historia revisada, una historia que no fuera la del poder, la del Estado, la del gobierno, la del otro partido siempre en el gobierno. La izquierda incorporó algunos de esos elementos y los reformuló vigorosamente; el tópico de Artigas es interesante en este sentido. En principio, durante la larga historia del Uruguay hasta el Frente Amplio, Artigas “no era ni blanco ni colorado”; por eso ambos coincidían en él –podían hacerlo, digamos- y ante él deponían armas. Por supuesto, en el camino construyen un Artigas, limando sus aristas más molestas, más radicales, más intolerantes y jacobinas. Esa operación de uso del pasado configura un héroe prepartidario y *por eso* fundador de la nación uruguaya, algo bastante ajeno a la verdad histórica, por cierto. Salvo en un sentido metahistórico, el “Artigas uruguayo” no existió. En todo caso hubo uno oriental, antiporteño, federalista y derrotado. Pero con igual contundencia debe decirse que el único Artigas victorioso, operativo, es el que termina en línea con la fundación del Uruguay, el *Padre Nuestro Artigas* del himno que todos los niños aprendimos a cantar en las escuelas, cual oración secular. La izquierda unificada en el Frente Amplio, y antes de él, los socialistas y comunistas perforaron aquel blando consenso artiguista de colorados y blancos y lo reclamaron como exclusivo: “Artigas es nuestro”, llegó a decir en las tribunas el General Seregini. Pasaron las décadas y creo que volvió al patrimonio común y ahora pienso, desde Mar del Plata, que este giro neorrevisionista que hay en Argentina habrá de culminar en Artigas.

- Su estudio hace referencia incluso al siglo XIX, pero se concentra en el período 1942-1972. ¿Por qué eligió ese recorte temporal? ¿Qué tienen de peculiar esos años respecto al tema abordado?

- Cuando uno procede a la investigación se acopla a las periodizaciones posibles y disponibles. Después se da cuenta que lo que quiere estudiar se sale de los marcos cronológicos establecidos. Entonces, a la cronología externa uno la va haciendo competir con una cronología interna que se desprende del propio objeto que está construyendo. En todo caso, yo quería averiguar cómo había funcionado el uso del pasado en la política durante un tramo bien específico de la historia del Uruguay, que es lo que yo llamo el “Uruguay clásico”, donde se supone que tuvo lugar la mejor versión de las cosas. Entre el año 1942 cuando se restaura el batllismo, y el año 1972, año de particular radicalización y de violencia política, el año anterior al golpe de Estado, se marca un límite con el Uruguay

clásico, entonces bastante erosionado, por cierto. Es decir, yo quería ver esto en un momento de despliegue y de declinación. De despliegue de toda su fuerza y clasicismo, si cabe decirlo así, pero también sus límites, las paredes contra las que chocó, el nivel hasta donde podían llegar las versiones más apolíneas de sí mismo. Hay un momento, 1972-73, visto a la distancia, en el que la experiencia tuvo poco para aportarle a las expectativas.

El fenómeno de la restauración es un fenómeno muy importante en el Uruguay. Es un curso de acción muy caro al país. Después de la dictadura de Terra, iniciada en 1933, los actores políticos eran prácticamente los mismos que en la hora previa. Después de la mucho más grave dictadura de 1973, o sea en 1984, los actores políticos, los partidos, son los mismos, cambió, a lo sumo, la distribución de la opinión ciudadana. Es decir, los cataclismos políticos de ese tipo en el Uruguay no arrasan con el sistema preexistente; lo cancelan, lo perturban, lo reprimen, lo hostigan, pero no logran eliminarlo. A cada salida de dictadura, los actores aspiran y logran restaurar aquello que se había perdido y que suelen ver, además, en términos algo paradisíacos. Esto tiene una cara buena y una cara mala, la continuidad de los actores puede llevar también a una política muy conservadora en términos globales. Pero sin llegar a instancias tan dramáticas, ese afán restaurador es un “bajo continuo” de aquella política clásica. Luis Batlle, una figura central de todo este proceso, tenía una expresión que a mí me parece emblemática de esta pasión uruguaya por la restauración: cuando baja del barco que lo trae de Europa en el año 1952 le preguntan “Don Luis, díganos ¿cuál es el programa del partido colorado?” y él responde: “Nuestro programa es el de ayer”. Eso es restauración. Por debajo de esa idea hay un mito muy potente, casi un régimen de historicidad: el pasado es dorado, lo mejor del Uruguay está atrás y no está adelante, lo mejor al Uruguay ya le ocurrió, no le está por ocurrir. En este contexto es que un dirigente político dice, sin ningún problema ni riesgo, “nuestro programa es el de ayer”.

Yo quería ver eso en su momento de plenitud, aunque suene un tanto antiguo. Después me di cuenta que en el año 1972, hubo un momento de quiebre; no me detuve en 1973, sino en 1972. Porque 1973 ya es el año del golpe de Estado, entre febrero y junio se consagra la ruptura institucional, y entonces, casi nada de lo que fue dicho, aprendido, comunicado, escrito en las tres décadas previas, parece tener una función clave en el esclarecimiento de ese nuevo presente.

- Siendo que en ningún caso en estas interpretaciones del pasado que hacen los partidos políticos existe pretensión alguna de asepsia o neutralidad, ¿cómo se relaciona la comunidad académica y la corporación profesional de los historiadores – ya sea en Uruguay o en otros casos nacionales – con estas versiones “profanas” de la Historia, en particular con las “historias oficiales” propuestas desde los poderes públicos? ¿Algunos de los historiadores profesionales fueron convocados en calidad de expertos?

- Es una tensión que se reproduce en cualquier asociación política, entre el saber experto y académico y el saber de la política práctica o de la práctica política; son esferas distintas pero de enormes zonas comunes. La dinámica de esa tensión tiene que ver con la historia de la profesionalización de los historiadores y con el hecho de que, no obstante el refinamiento creciente de la disciplina, ella no ha perdido el contacto con la sociedad (salvo algunas áreas que confunden erudición con estilo críptico) y le sigue diciendo algo. Cuando la frontera entre la profesión histórica y la profesión política no estaba tan claramente dibujada, estas tensiones no eran tan visibles. Los grandes forjadores de relatos acerca del pasado tenían una muy fuerte identificación política, por lo que había mucha continuidad entre hacer historia y hacer política. Pero a medida que la profesión historiográfica va ganando autonomía, inventando sus lenguajes y formas de legitimación interna, corporativa, se configura una tensión con quienes hacen política y usan del pasado. Es lógico. En todo caso unos y otros, expertos y políticos deben rendir cuentas en ámbitos diferentes en los que la legitimidad se construye peculiarmente o de un

modo específicamente reglado. La tensión no tiene resolución posible, a mi juicio, y eso es bueno. No la tiene porque ambos oficios, el de historiador y el de político, deben compartir el mismo objeto, aunque cada uno lo construya a su modo.

Hay usos recíprocos, desde luego; es mucho lo que la historiografía le aporta a la práctica y al discurso político. Pero, al contrario de lo que muchas veces se piensa, también es mucho lo que la práctica política le aporta, como exigencia, como desafío, como “dato empírico” concreto a la investigación historiográfica. No hay que escandalizarse ni temer a esa convivencia friccionada entre las dos áreas. Como historiador me irrita mucho la prevención y el desprecio que tienen muchos colegas contra el saber histórico de los políticos. Un saber más profano en muchos sentidos, asistemático, interesado -sin duda- pero también, muchas veces -aunque con menor frecuencia- más penetrante, ganado por la intuición y radical. Son algunas ventajas que el historiador no puede permitirse.

Diría también, para el Uruguay clásico, que las versiones de la política están apoyadas en narraciones que son como matrices de la historia del Uruguay a las que los actores políticos deben remitirse. Yo las he trabajado con ese criterio. Una es la narración, más política que historiográfica, que dice que el Uruguay político no lo hicieron ni deben hacerlo los partidos. El Uruguay político “sano” se hizo afuera de las instituciones políticas, desde las escuelas y desde los mercados. Aquí la escuela del Estado en una pieza clave en la que se deposita toda expectativa de formación ciudadana. El fundador del sistema de educación estatal uruguayo, José P. Varela, fue un joven entusiasta desencantado de los partidos políticos tradicionales. Su pretensión mayor era política, por cuanto se proponía depurarla desde la educación igualitaria y pragmática. Creo que esto es muy fuerte en el Uruguay y se muestra toda vez que los actores, políticos y sociales hacen una “apuesta” exagerada a la educación, algo mágica incluso, como todas las apuestas. Es así hoy, cuando la educación uruguaya, en particular la educación media, vive un momento trágico en cuanto a su calidad, pertinencia y cobertura. Ya no nos sentamos todos “en los mismos bancos de la escuela” (nunca fue así), pero ese mito igualitarista fue movilizador de la sociedad y de la política y ya no significa demasiado.

Otro gran relato es el que hizo Eduardo Acevedo que fue un político colorado y uno de los grandes historiadores de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Acevedo escribió, entre otras cosas, los *Anales históricos* que es una historia del Uruguay mirada a través de la lupa del gobierno y la administración. El resultado de una empresa que tuvo mucho de erudita y sistemática es, de todas maneras, cultural y político: el Uruguay es el gobierno y la administración y lo que sale de ese foco no existe. Algo bien colorado, desde luego. Ese es un relato muy fuerte que encastra bien con cierta tradición estatista que tiene el Uruguay, un país que ha cultivado y cultiva una desconfianza enorme hacia todo aquello que no venga del Estado sea de la sociedad civil, de la iniciativa privada, de cualquier grupo o individuo que escape de su previsión. En el Uruguay la iniciativa privada siempre es sospechosa de algún interés particularista, de algo oscuro, mezquino, algo sobre lo cual hay que desconfiar, en principio porque le disputa al Estado la lealtad del ciudadano. En sus versiones jacobinas el batllismo acuñó esa moneda sucesivamente revaluada hasta hoy, con el llamado “progresismo”.

Y hay una tercera narración matriz, que es la que hace ya un historiador de profesión, uno de los grandes fundadores de la historiografía uruguaya moderna, Juan Pivel Devoto, a quien conocí pero al que debería ubicar como maestro de mis profesores. Pivel Devoto hace una historia del Uruguay, escrita en los años 40 y 50, que se ha consagrado como una historia clásica del país. Desde su perspectiva el Uruguay son sus partidos, lo hicieron los partidos en una combinación trabajosa de ideas y prácticas políticas, de doctorismo y populismo, de gobierno e institucionalidad, de guerra civil y de aprendizaje electoral. Para Pivel Devoto, que era blanco, el Uruguay son sus partidos, sobre todo sus dos partidos, el Blanco y el Colorado. Todo lo que no entraba en esa mirada, lo que salía del cono de luz era a lo sumo testimonio de un esfuerzo marginal y condenado al fracaso. Esas son las tres narrativas matrices que informan

los relatos acerca de lo que la política en el Uruguay hacía: la educacionista, la del Estado y la administración, y la de los partidos políticos. Sobre ese suelo se construyen otras narrativas, pero que siempre tienen que remitir a aquellas.

- En la propia noción de “usos de la historia” se denota un componente de acción consciente voluntaria por parte de aquel que hace “uso”, y ciertas reminiscencias que remiten a la idea de “manipulación” o “deformación del pasado”. En ese sentido: ¿cuál es el lugar de la “ciudadanía” – los receptores de esas versiones del pasado – en la reinterpretación de esos “usos”? ¿Cómo se corrobora la eficacia de un “uso” o una versión particular de la historia por sobre otra? ¿Cuál es la forma en que coexisten o confrontan versiones y “usos” contrapuestos entre partidos políticos?

- Me están preguntando si hay una circulación. Somos esclavos de carencias enormes en la investigación. Una de ellas es que no comprendemos todavía, en términos históricos, el fenómeno de la recepción como un hecho activo, determinante en el circuito por cuanto rearticula las ideas y las prácticas. En teoría, al menos, yo no aceptaría tan alegremente la manipulación sin revisar el fenómeno de la recepción, o más precisamente, sin someter a crítica la cuestión del ciudadano receptor pasivo, víctima de la dominación de otros. Es más, he aprendido a no concebir la política como mera dominación aunque incluya ese aspecto, obviamente. De todas maneras, es claro que en el fenómeno de uso del pasado, incluyendo en esto al psicoanálisis y la política, hay un imperio del presente sobre el pasado y por lo tanto una posibilidad enorme de manipulación. Siempre que aceptemos el uso del pasado en la política como parte de la política y no de la historia o la historiografía, es más comprensible el fenómeno de la manipulación, una expresión de tinte peyorativo que nos oculta su carácter político en el que se ponen en juego nociones de legitimidad, inclusión, frontera (nosotros y los otros), autoridad. Un uso determinado del pasado puede contribuir a la expulsión de una comunidad política, a la persecución, a la discriminación. Por otro lado, la idea de “uso” remite a una dimensión activa, a algo destinado a la acción. Por eso, más que memoria en el sentido en que usamos habitualmente la expresión, se trata de recuerdo, que como enseña Ricoeur tiene un componente voluntario, una intencionalidad: volvemos a la política. Finalmente, la manipulación supone “un poner las piezas en otro lugar” que alguien con más autoridad conoce en su posición original, como si fuera posible reproducir los hechos “tal cual fueron”. El tema no es tanto cuánto se distancia de la verdad - cosa que hay que estudiar, esa es una de las funciones de la historiografía- sino de los modos de apropiación, de circulación, en los partidos y en los ciudadanos, las comprensiones y las incomprensiones. El problema es más fácil de estudiar cuando no hay ciudadanía: Hannah Arendt decía que nuestra tarea no consistía en demostrar la falsedad de los *Protocolos de los Sabios de Sion*, sino en otra más ardua, la de responder a la pregunta de por qué habían sido tomados en serio por millones de personas y servido para una gigantesca movilización totalitaria. En la política de ciudadanos y partidos, no todo lo que se elabora y enuncia desde las cúpulas partidarias es entendido como las cúpulas desearían. A menudo es reelaborado a partir de múltiples influencias, contactos de afuera de la política, formas de socialización de la misma ciudadanía. En los sistemas abiertos la gente hace con las cosas lo que puede y lo que quiere, construye sus propias elaboraciones que suelen ser simplificadoras, esquematizantes, maniqueas pero no por eso menos eficaces desde el punto de vista político. Me parece muy importante la pregunta por la corroboración de esa eficacia pero francamente no sé qué responder a ella. Sabemos más, mucho más, de lo que los políticos hacen con el pasado que de lo que hace la ciudadanía. Cuando Kohl y Mitterrand se toman de la mano en Verdun y posan para la televisión usan el pasado, pretenden sellar y simbolizar un acuerdo que está en la base de la paz y la integración europea desde la segunda posguerra. ¿Lo aceptaron de ese modo los alemanes y franceses? La reiteración del gesto podría servir de evidencia, precaria como siempre.

- En su trabajo se evidencia una compleja elaboración teórica ¿Cuáles son las nociones fundamentales sobre las que se apoya? ¿Qué autores le resultan ineludibles para abordar este tipo de temática y por qué?

- Eso es un lío. Será porque trabajo hace muchos años en investigación y en el acompañamiento de jóvenes, que tengo cierta prevención con respecto a la cuestión denominada como “marco teórico”. Es claro que no es posible avanzar en la investigación sin hacerse cargo del estado de la cuestión y de su trayectoria crítica, en lo teórico y metodológico. No es posible dar un paso nuevo sin hacer un tránsito por esas dimensiones. Pero le tengo mucho temor a que el marco teórico termine siendo una reflexión llena de autojustificaciones, como esos capítulos que uno podría extraer de los libros o de las tesis, que son reflexión paralela y puede tener un valor autónomo, sin mayor vinculación con el resto de la investigación ¿Quién no ha caído en eso cuando trabaja en una tesis? Por otro lado, mi idea de la teoría es una idea que se corresponde con mi idea de la historia, que no es una disciplina de carácter deductivo sino un saber argumentativo, que procede sobre la base de huellas y donde la inducción es muy importante. La explicación histórica sigue siendo una cuestión muy misteriosa, el por qué ocurren las cosas sigue siendo algo perturbadoramente esquivo y difícil de llevar a un plano normativo, sujeto a leyes de alguna previsibilidad. Creo que es Robert Dahl quien se pregunta, tras recorrer 2500 años de democracia ¿cuál es la ley que permite predecir el holocausto? No existe.

Puesto a trabajar en el problema de los usos del pasado en la política, caigo en la cuenta de algo bastante obvio pero para lo que no hay teoría sistemática disponible, sino más bien fragmentos interesantes, vectores de luz que permiten formularse mejor las preguntas de investigación y moverse con más cuidado en un terreno de distinciones: pasado e historia, tradición y novedad, historia e historiografía, política y retórica política, memoria y olvido, por ejemplo. Hace poco aprendí que la raíz griega de la palabra *teoría* es la misma que la de *teatro*; ambas aluden a la mirada distante desde la cual se pueden apreciar ciertas cosas. Ello debe acompañarse con cierto escepticismo, que en la tarea historiográfica solo puede aplacarse, y parcialmente, con los hechos y lo que los documentos nos dejan ver de ellos. Dicho esto, que juzgarán muy vago, puedo agregar que me han sido de gran utilidad los acercamientos a Koselleck, su notable argumento que explora en la “experiencia” y la “expectativa” (tengamos presente, con prudencia, que si uno no lee alemán - como es mi caso- no puede decir que conoce bien a Koselleck, cuya principal obra está en esa lengua), o la noción de “régimen de historicidad” – formas de articular pasado, presente y futuro – desarrollada por François Hartog, o el universo abierto con Pierre Nora con los “lugares de la memoria”. Hurgar allí es una aventura intelectual apasionante, inagotable, y aun así, insuficiente, limitada: la historia avanza contra la teoría, ocupando territorios no cubiertos por ella, heréticamente, como lo dice De Certeau. Porque todas estas referencias historiográficas están pensadas por y en otros espacios y otros tiempos. Se vierten en la larga duración o sobre tópicos no siempre trasladables fácilmente a nuestras historias ¿Qué puede enseñarnos una teoría y una práctica historiográfica pensadas para dar cuenta de la nación y la guerra como lugar de memoria tal cual han sido experimentadas en Francia? Mucho, pero no alcanza.

- Ha desarrollado su actividad profesional en la facultad de Ciencias Sociales de la UDELAR ¿Qué importancia tiene la interdisciplina para su trabajo académico? ¿Qué potencialidades y desventajas le encuentra?

- Como la superciencia no existe, el contacto con otras disciplinas ayuda a entender la complejidad, a prevenirse contra el imperialismo de una ciencia, a distinguir novedad de novelaría, a aceptar otras perspectivas aún sin comprenderlas cabalmente. También hay riesgos y el mayor, me parece, es el de sucumbir a la tentación de la impostura, a trasladar alegremente lenguajes, métodos, paradigmas de una ciencia a otra. En términos más personales, yo siempre circulé entre varias ciencias sociales y humanas. Desde los veinte y pocos años, hace más de 25, trabajo en el CLAEH, donde aprendí algo de la investigación en un ambiente que reclamaba y

practicaba el diálogo (no siempre apacible) entre economía, sociología, historia, ciencia política. Era en plena dictadura, cuando instituciones como el CLAEH mantuvieron la vida académica en semiclandestinidad y formaron gente joven. Estábamos todo el día discutiendo sobre los límites de nuestros quehaceres, sobre el rigor y método de tal o cual disciplina o sobre la importancia del archivo. Nos peleábamos por cosas sobre las que ahora nos reímos y uno, siendo muy joven, aprendía mucho oyendo y leyendo a un economista (aunque entendiera el veinte por ciento de lo que decía) o a un politólogo o filósofo que se metiera en cuestiones de la historia y nos obligaran a leer otras cosas, de afuera de la disciplina. Tengo la convicción de que la ciencia política uruguaya, al menos hasta el presuntuoso reino de la *elección racional*, le debe mucho a la historia como campo de su saber, tanto como la historia le debe a la ciencia política en la reformulación de sus problemas más importantes. Hace más de 20 años que trabajo en la universidad estatal (UDELAR), en dos facultades en las que la historia está obligada a comparecer, a defender su lugar, a discutir: en Ciencias Económicas y sobre todo en Ciencias Sociales, en su Departamento de Ciencia Política. Claramente esto no es lo mismo que hacer historia desde Humanidades, donde la centralidad de la disciplina es más fuerte y está invitada a otros diálogos.

- ¿Qué usos del pasado en la política observa en el Uruguay actual?

- El espacio disponible para el uso del pasado está ocupado de un modo muy invasivo por la llamada historia reciente. En estos abordajes, lógicamente, se aprecia con más evidencia la usabilidad del pasado, aunque en muchos casos nos hallamos, más bien, ante un presente estirado hacia el pasado. Quiero decir, si la historia no se compromete con la larga duración y con la globalidad queda muy menoscabada como disciplina y bien se sabe que la historia reciente es rebelde a este tratamiento y ha estado demasiado entregada al testimonio y a la literatura de las virtudes. La fantasía de “los dos demonios” es una organización del pasado en beneficio de una idea política de la transición, muy útil para escamotear responsabilidades o la encantadora fábula de los guerrilleros que se adelantaron a los golpes de Estado para proteger o salvar la democracia es otro caso de manipulación, pero –como los protocolos de Sion- importa tanto mostrar su falsedad como averiguar por qué fueron aceptados, creídos y sirvieron para acondicionar una retórica formidablemente exitosa y casi un sentido común

Volviendo a un enfoque más global, esta mayor atención al pasado reciente lleva la organización de la experiencia a niveles de mínima densidad, cuenta poco, de forma explícita, a la hora de construir argumentos, de debatirlos; es la política sin historia. Pocos actores se ven obligados o estimulados para inscribirse en una tradición de larga data, incluso para romper con ella. Como escribe Tony Judt, el siglo XX fue olvidado bajo la ilusión de su final; lo significativo de este presente de vértigo no es solo el desentendimiento del pasado sino su mismo recuerdo: “Un mundo que se acaba de perder y ya está medio olvidado”. Nuestra política, la contemporánea occidental, es presentista; prevalecen en ella las categorías “presente” y “futuro” y no el “pasado”. Todo puede ser más trivial, a lo sumo pasado *fast food* organizado en parques temáticos.

Ahora, en Uruguay (como en España) la enseñanza del pasado reciente en la educación formal ha sido altamente polémica, desde el punto de vista político y partidario. Esto tiene explicaciones vinculadas a la historia uruguaya y su matriz restauradora y al mismo pasado que se reconstruye y organiza, pues los actores fueron los mismos antes y después del quiebre institucional de 1973. También se explica por las características de la transición, por el carácter pactado de la salida uruguaya en la que nadie resultó eliminado y se configuró un escenario en el que, finalmente, todos tenían un pasado para volcar en la escena pública. Los dirigentes políticos, los diputados, los senadores, las autoridades partidarias están muy atentos a lo que hacen los historiadores en la historia reciente, muy atentos a lo que se enseña en la escuela y en la secundaria. No sólo atentos, vigilantes, interpelantes, no aceptan entregar en

exclusividad este punto a la corporación de historiadores. Cada tanto tenemos ministros convocados al Parlamento para que den explicaciones de cómo son los manuales que se usan en secundaria, qué se dice y no se dice. Hay un control muy fuerte de los partidos sobre la producción académica de la historia reciente, lo cual produce un rechazo virulento del mundo académico. No es un control en un sentido policíaco o autorizante, en absoluto: es un llamado de atención, una exhortación a la vigilancia de la neutralidad, de la laicidad, de la libertad de conciencia de los más jóvenes. Por otro lado, es tan grande la ignorancia de los más jóvenes respecto a la dictadura última, que ningún proceso que se pretenda democrático puede pasar de largo esto y debe encarar de alguna forma este problema. Pero el pasado está en disputa, lo que me parece bueno.

Así pues, en Uruguay el pasado reciente es motivo de conflicto permanente entre la política y la academia. La política, la docencia y la academia, en ese triángulo, se organiza una disputa inagotable. ¿Deberían o no deberían molestar a las academias por esa atención vigilante que le presta la política? Ya entramos en un terreno de lo más opinable, claramente. Mi opinión es que está bien que haya, para el período de la historia más reciente, una tensión especial, que convivamos en desconfianza recíproca. Está bien que el político desconfíe de lo que el historiador va a decir sobre el pasado reciente, que desconfíe y pregunte, que se inquiete y se moleste, con razón o sin ella, no importa. Y al revés también. Es bueno que el historiador critique a la memoria de los políticos y de los partidos, que ponga sobre la mesa los desvíos, las manipulaciones, las justificaciones, las invenciones y fábulas. Y sobre todo, que aproveche los diálogos, que aprenda de la política y la provea de la relatividad que a ésta le suele faltar. Yo deseo que sigamos así, en esa tensión que no se va a resolver. Si se continúa trabajando en el pasado reciente prefiero que la política y los políticos estén cerca del proceso y que las cosas no queden en el ámbito exclusivo de la academia.

- Ahora, respecto a los debates en torno al pasado reciente uruguayo y el proceso de revocatoria de la llamada “ley de caducidad”, ¿podría hablarnos de cómo influye en las disputas del presente ese pasado? ¿Qué impacto tuvo en el campo historiográfico la discusión respecto a dicha ley? ¿Cómo quienes participaron de esos debates recurrieron al pasado para legitimar sus posturas?

- La Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado fue denominada por la oposición como ley de impunidad. No fue una ley de amnistía porque nadie hizo el inventario de delitos, ni se llegó a construir las acusaciones formales, identificar imputados o iniciar procesos. Pero como las leyes de amnistía, ésta de caducidad, suponía una relación determinada con el pasado. Si se lee el texto se verá que alude a “la lógica de los hechos”, que en el caso de poder saber a qué se refiere la expresión, refiere a los hechos de un pasado que el presente no puede administrar y sobre el cual, entonces, debe caducar toda pretensión interventora. En su versión menos cómplice de los delincuentes, que es la prevaleciente desde luego, los juicios a los militares eran un riesgo para la estabilidad democrática, algo que Kathryn Sikkink parece haber mostrado como improbable, aunque con la ventaja de estudiar las cosas sin su contingencia, después que pasaron, con el diario del lunes. Pero el campo historiográfico uruguayo no intervino casi en esta instancia.

La ley fue llevada a la consulta popular dos veces, en 1989 y 2009. Fue siempre una norma inconstitucional (barría la separación de poderes, entregaba poderes “judiciales” al Ejecutivo) y aun así fue confirmada por la ciudadanía en las dos oportunidades. Me parece claro que el tramo de 20 años transcurridos cambió los presentes, los pasados, los futuros y obviamente, la relación entre todas las dimensiones. Durante el gobierno de Jorge Batlle, el Estado comenzó a reconocer los hechos y la necesidad de repararlos de algún modo más detallado. Durante la administración de Tabaré Vázquez, con los resquicios inexplorados de la Ley de Caducidad, fueron procesados varios militares y civiles, pero la ley fue mantenida por la ciudadanía en 2009, al mismo tiempo que la mayoría electoral ponía a José Mujica en la Presidencia. Más tarde, desde el gobierno se modificó el orden jurídico con medidas anulatorias tan

inconstitucionales como la ley impugnada y entramos, me parece, en otra etapa del problema. La academia estuvo más presente en la segunda década de esta historia. Produjo conocimiento, investigó huellas, hizo lo que le correspondía, incluso cuando muchos confundieron esa tarea con la judicial. Creo que las funciones del historiador y del antropólogo tienen más que ver con *la verdad* que con *la justicia*. Por supuesto, los científicos involucrados se quejan cada tanto cuando se les acusa de hacer historia oficial; tal vez tienen razón en la protesta, pero habrá que buscar una forma de nombrar a una empresa financiada por el gobierno, hecha por la universidad estatal y alineada con la interpretación dominante en los ámbitos oficiales. Es que si no había una historia oficial, pienso ahora, nos quedábamos en ayunas.

¿Habrá otra manera de instaurar algo parecido a la verdad? Imposible saberlo. No tuvo el Uruguay su juicio a las Juntas Militares ni ejércitos derrotados en campo de batalla. Su “Nunca Más” fue un empeño privado, originado en un grupo de la sociedad civil como el SERPAJ y hecho en tiempos en los que hablar de Derechos Humanos era todavía una extravagancia para la izquierda. Pero la investigación oficial sobre los detenidos-desaparecidos ha sido esclarecedora, desgarradora, políticamente relevante: nada más elocuente que la fosas abiertas y exploradas, que los huesos en su periplo de filiación. Nada más materialmente confirmatorio -aunque para muchos novedoso- que el hallazgo (estos días) de los restos de Julio Castro, maestro, periodista, hombre de la izquierda independiente, inocente de todo crimen, torturado, asesinado con un tiro en la nuca y encontrado con su zapato hace unas semanas. He allí un pasado diferente, igual y distinto al de hace 20 años y que habrá de merecer otros usos ¿Cuánto vale hoy aquella frase fácil que decía que, a diferencia de la argentina, la dictadura uruguaya no mataba a sus prisioneros?